



CREACIÓN LITERARIA

EL PODER ALQUÍMICO DE LAS PALABRAS: RETAZOS LITERARIOS EN LA FRONTERA DEL LENGUAJE

Miguel A. Marigil

«Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo».

(S. Juan de la Cruz)

«Los desiertos de la proximidad»

(H. Mansur al-Hallaaj)

Me propongo hacer un viaje, que pretende ser iniciático, consciente de que soy, de que somos animales itinerantes que vivimos aquí, de tejas abajo, como forasteros en situación interina porque nuestra patria está en otra parte. Mi intención puede parecer pretenciosa y «poco racional», sin embargo este viaje surge de una necesidad interior, de esa parte de mi persona que me interpela como un impertinente advenedizo acerca de mi existencia y de su sentido. Es mi impresión que hasta nosotros llega una parte de la realidad, mejor dicho, interpretamos una parte de la realidad y yo trato de reivindicar con este viaje que la palabra escrita es un instrumento preciosísimo para urgar en lo que no vemos y que sin embargo existe. Cuando hablo de la palabra escrita me refiero a la literatura y a la poesía de verdad, aquella que tiene vocación de eternidad, aquella trabajada desde la imaginación, desde la creación que al fin y a la postre nos ayuda a buscar el Absoluto y nos despoja de nuestra corporeidad material, disfraz que oculta nues-



tra nadería. Trato de sacar de entre las palabras algo de «toda la filosofía, toda la religión que llevan dentro»¹.

«La literatura y la poesía nos ofrecen el camino para escapar de la cotidianidad alienante y rastrea y nos ayudan a sintonizar con el Misterio; ese Misterio que es ineludible horizonte de todo anhelo humano. Su objetivo: presionar en la frontera de lo sobrenatural»². «Sí, poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él con una vislumbre de lo desconocido en los ojos»¹. Los artistas viven, en el fondo, una vida distinta a la real que es reiterativa y anódina. La mayor frustración de la filosofía de los libros es su racionalidad, y ésta es también su miseria. A poco que uno *razone*, desear ser poema —como dice M. A. Mateo— resulta descabellado; yo añadiría por mi cuenta y riesgo, auténticamente escandaloso para la razón que todo lo mide y tasa. «Es mucho mejor la verdad revelada, la que iluminaba, por ejemplo, a san Pablo proclamando verdades que no sabía de donde habían salido. La intuición es divina, deslumbrante y segura»³.

«El de imaginación escasa no ve más que lo gris, es incapaz de traspasar la superficie porosa de la niebla y descubrir lo que por detrás pulula: es como abrir un libro maravilloso, ese libro del que salta Pegaso y se encamina a las estrellas».⁴

El lector «busca en el libro afinidades y resonancias sentimentales que le iluminen su propia vida y se la engrandezcan; y de este modo le permitan encontrar una vía abierta hacia horizontes menos angostos que el suyo».⁵ El libro es un mundo cuyo «milagro reside en la capacidad de ser uno diferente en cada lectura, de haber sólo un Quijote y a la vez tantos como veces pueda recorrerlo una misma persona» y por ello exclama García Nieto: «¡Señor, concédeme la esperanza de revivir en la melancólica eternidad del libro!» Ernesto Sábato aún va más lejos cuando dice de su trabajo como escritor: «Yo creo que he logrado unas migajas de lo Absoluto». «Cuando leemos novelas no somos el que somos habitualmente, sino también los seres entre los cuales el novelista nos traslada; el traslado es una metamorfosis; el reducto asfixiante que es nuestra vida real se abre y salimos a ser otros, a vivir vicariamente experiencias que la ficción vuelve nuestras: sueño, lúcido, fantasía encarnada; la ficción nos completa, a nosotros seres mutilados quienes tenemos la posibilidad de tener una sola vida y con los deseos y fantasías desear mil; gracias a la ficción somos más y somos otros sin dejar de ser los mismos. En ella nos disolvemos y multiplicamos, viviendo muchas más vidas de la que tenemos y de las que podríamos vivir si permaneciéramos confinados en la realidad»⁶. Porque lo que es real son los sueños que son los que verdaderamente progresan, porque proporcionan verdades inmutables y absolutas. Sin la esperanza no encontraremos lo inesperado, apostilla Heráclito.

Luis Racionero nos recuerda la capacidad de transformación de la lectura recordándonos aquella conversación que sostuvieron Shelley y Byron mientras cabalgaban juntos por los bosques de Pisa:

— «Pareces inefable esta tarde», le dice el primero; Byron le responde:

— «He estado leyendo a Hamlet».

Nadie debería permanecer impassible, sin que sienta que «algo nuevo ha entrado en nuestra más íntima estancia»⁷, después de leer aquellos versos de Baudelai-



re acerca de la Creación:

La Creación es un templo de entre cuyos pilares
hay palabras confusas que acertamos a oír;
pasa el hombre a través de los bosques de símbolos
que le observan con ojos habituados a vernos ...

De esta forma la palabra, como si de un atañor alquímico se tratara, actúa en nuestro interior como un revulsivo en el proceso de transformación y «todo lo que hay en nosotros retrocede, surge un silencio, y lo nuevo que nadie conoce se yergue en medio y calla»⁷ nuestro bullir interior como si a la tempestad interior siguiera la calma que aquieta y serena.

«La gran desgracia del pensamiento humano durante siglos es el haber identificado la realidad existente con la única realidad posible. La imaginación es una herramienta apta, como cualquier otra, para trabajar con la realidad; hacía falta que el hombre imaginase un mundo superior, que experimentase mentalmente con él, y que se atreviera a pensar como realizable en el futuro lo que aún no existía en el presente»⁸. La fábula no necesita sujetarse a imposición alguna «que pueda limitar ambiciones, novedades y sorpresas y, en tanto que esto es así, puede permitirse como ningún otro medio del pensamiento el mantener bien alto el estándar de la utopía»⁹. Frente a la fábula, la ciencia trajo el notable don de la objetividad (el método científico), don que puede tener, sin embargo, consecuencias funestas: «la inclinación a tratarlo todo como objeto». Nada más lógico, y más inevitable que extender esta objetivación al hombre mismo; y así todo este movimiento histórico, hijo de la Ilustración, que define esa trinidad laica de la idea del progreso, la ciencia y la técnica (la *Tecnolatría* como dice E. Sabato), nos ha conducido a «traducir Unidad por Uniformidad, Infinito por Indefinido, Calidad por Cantidad, Certeza por Seguridad»¹⁰. No es casualidad que los mismos gestores de la Ilustración, convencidos de que el racionalismo era mutilador del espíritu y por ende del conocimiento último de las cosas, vieran en la Palabra un instrumento de salvación. No en vano, poco después, Víctor Hugo dirá que la Palabra es el logos de Dios.

La ensoñación literaria, por contra, es como un escalón por el que se asciende a un nivel superior al de la razón como cuenta Cunqueiro en *Las Mocedades de Ulises*:

- Poliades, ¿qué es lo que es mentira?
- Poliades hacía girar el sombrero entre sus manos.
- Quizá todo lo que no se sueña, príncipe.

Cuando J. Martorell nos cuenta en el *Tirant lo Blanc* que la princesa Carmesina era tan blanca que se veía pasar el vino por su garganta, nos dice algo imposible, sin embargo no es menos cierto que en esta *mentira literaria* se esconde una verdad como es el inefable deseo humano de rebasar los límites de su propia corporeidad, anhelando trascender a una experiencia tridimensional de la existencia,



es decir, con altura. En la lectura de *El caballero inexistente* de Italo Calvino asistimos a un diálogo fuera de todo contexto posible, pero no por ello menos repleto de significado:

— Os hablo a vos, paladín —insistió Carlomagno—. ¿Cómo es posible que no mostreis la cara a vuestro rey? (El Caballero inexistente *se encontraba* dentro de su armadura).

La voz salió neta de la mentonera:

— Porque yo no existo, sire.

(...)

— ¿Y cómo os arreglais para prestar servicio, si no existís?

— ¡Con fuerza de voluntad —dijo Agilulfo— y fe en nuestra santa causa!

En este diálogo nos damos cuenta de que al hombre de todos los tiempos siempre le ha preocupado la conquista del Ser, la conquista de sí mismo y por ende el origen y motivo de su propia existencia. Presenciamos con discreción, como simples espectadores, la escena del capítulo X de Don Quijote cuando Sancho es capaz de asumir a Don Quijote y rebasarlo en un alarde de imaginación y fe; le aconseja Sancho a su dueño y señor que «despabile sus ojos» para contemplar la belleza de Dulcinea y sus doncellas: «Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas son rubíes ...». ¿Qué fuerza extraña le hace decir a Sancho, inculto aldeano, tales palabras sino la imaginación y el deseo de comprender y sentir el alma de su dueño y señor, Don Quijote?

El hombre es, de hecho, un ser esencialmente contradictorio porque no coincide consigo mismo, porque rebasa sus propias fronteras, por arriba y por abajo, por su anhelo de infinito y por lo tanto como dice Perucho «se hace necesario sacar al hombre de su circunstancia afectiva y real, extrayéndolo del mundo racionalista moderno cuyo hombre prototipo es ese personaje que abre una puerta buscando la solución de los misterios y siempre se encuentra con otra puerta detrás, y en ningún momento la solución porque la razón es solo humana pero la intuición es divina y angelical». Podemos entonces correr el riesgo de favorecer nuestra destrucción si seguimos con esa pertinaz actitud de racionalizarlo todo. Este autor nos lo dice con esas palabras que solo entiende la poesía:

Has muerto acorralado por la sombra,
ha entrado escurriéndose
por las puertas cerradas

Es urgente ir en búsqueda de esas puertas camufladas que todos tenemos en *nuestra interior bodega* para ir a lo hondo, para acceder a la habitación secreta y diáfana de la vida.

«El utópico es el primer descubridor de una tierra que para existir sólo necesita que los barcos naveguen en la dirección marcada por los sueños»⁸. Caminar corto, soñar largo, que diría A. Machado. Sin la ayuda de la Utopía el pensamiento permanece prisionero dentro de un universo muy restringido, plano. Quien



tiene una concepción realista de la vida no puede imaginar otra disposición del mundo, otro orden de la sociedad, otro giro de las cosas. «Mientras los *tópicos* hacen que el pensamiento se estanque, que el progreso avance en una sola dirección, los *utópicos* ensanchan el ámbito de la razón, obligan a replantear constantemente la definición de lo real, la definición también del auténtico progreso».⁸ Los utópicos, como dice Ernst Bloch, son los guardaagujas de la historia.

Los personajes de los libros nos afectan, nos interpelan porque salen de su mundo encerrado entre líneas trasladándose al plano real: dónde encontrar, por ejemplo, tanta ternura y sentimiento de conmiseración como en el diálogo del Fantasma de Canterville con Virginia cuando aquél le suplica: «...usted tiene que llorar conmigo mis pecados, porque yo no tengo lágrimas, tiene usted que rezar conmigo por mi alma, porque no tengo fe, y entonces si ha sido usted siempre dulce, buena y cariñosa, el ángel de la Muerte se apoderará de mí, porque contra la pureza de una niña no pueden nada las potencias infernales.» ¿Habría entre nosotros alguien capaz de satisfacer los deseos del fantasma?

A. Roa Bastós dice respecto del Quijote: «Mi caballero andante luchó también contra gigantes y fierabrases que salieron a combatirle no desde los libros sino desde la concreta realidad».

Nuestro Calderón de la Barca lo dice con otras palabras, no menos reveladoras:

Que estoy soñando y que quiero
obrar bien, pues no se pierde
el hacer bien aún en sueños

Por ello Unamuno exclama: «¿...Cuál es, pues, la nueva misión de Don Quijote hoy en este mundo? Clamar, clamar en el desierto, aunque no oigan los hombres, y un día se convertirá en selva sonora, y esa voz solitaria cantará un *hossana* eterno al Señor de la Vida y de la Muerte. Y vosotros ahora, bachilleres Carrascos del regeneracionismo europeizante, jóvenes que trabajáis a la europea, con método y crítica; científicos, haced riqueza, haced patria, haced arte, haced ciencia, haced ética, que así matareis a la vida y a la muerte».

El entusiasmo actual por las ciencias posee todas las características de la adhesión a una creencia: equiparar lo verdadero con lo exacto, o restringir el campo de lo estrictamente verdadero a lo que sólo resulta comprobable científicamente. La literatura podría ser un modo de reivindicar y de influir en la realidad y transformarla con las fábulas de la imaginación que en la realidad se inspiran. «Don Quijote de la Mancha continúa cabalgando, desfaciendo entuertos, enamorado del amor, de la dignidad, de la libertad, en los que la vida y el ser humano tiene sus raíces primordiales»¹¹. Unamuno acierta cuando nos asegura que Don Quijote es tan real como Cervantes. El escritor sabe que «la realidad posible creada por la imaginación o mediante el concurso de fuerzas sobrenaturales es mucho más edificante y revelador que la realidad vivida, pobre, torva y material»²; y él que lee busca que se revele ese hondo misterio que se oculta detrás y a pesar de nosotros;



intentar desvelar ese misterio de misterios es la misión de la palabra escrita. J. Marias asiente con R. Senabre cuando considera, y yo con ellos, que Cervantes y todos los escritores que en el mundo han sido, introduce la posibilidad como forma de realidad, aproximándose de forma increíble a la estructura propia del ser humano que es afín a la ficción y al sueño consustanciales; Cervantes, y muchos con él van más allá de las cosas, van mas allá de toda cosa.

Como ese Marqués de Bolívar que «...no puede morir, que el fuego no le quema, el agua no le ahoga, el aire no le asfixia y la tierra no le aplasta...» y que con mano invisible es capaz de infundir a una tropa de españoles muy inferior, el coraje y la decisión para destrozarse implacablemente a dos regimientos alemanes al servicio de Napoleón.¹² Carlos Pujol dice de la literatura de Joan Perucho y por ende de la literatura o la poesía verdadera: «el arte y el humor, hábilmente combinados, son palancas de una formidable subversión espiritual y obligan a ver el mundo de otra manera, es decir, en el fondo a vivirlo de otra manera, a ver más allá de lo que se ve».

Como dice Vargas Llosa: «no se escriben novelas para contar la vida sino para transformarla». Torrente Ballester llega a afirmar: la última ocasión que tuvo España de resolver sus problemas históricos y de colocarse a la par con el resto de Europa, el siglo XVIII, se perdió por falta de imaginación. Cosa curiosa: es un siglo en el que no escribimos ni una sola novela. En *Rosas, Diablos y Sonrisas* (J. Perucho) leemos: Tritheim, autor de la *Polygraphia Cabbalistica*, les dijo una vez:

Al vulgo habladle siempre de cosas vulgares. Guardad para vuestros amigos el secreto de un orden más alto. Dad alfalfa a los bueyes y azúcar a los toros. Si no comprendéis lo que os quiero decir, seréis, como tan a menudo acontece, pisoteados por los bueyes.

Thornton Wilder escribió en su libro *Los Idus de Marzo* refiriéndose a su amigo Edward Sheldon: «quien inmóvil y ciego durante mas de veinte años fue, a pesar de ello, dispensador de sabiduría, de fecundidad y de coraje para una gran cantidad de gente»; sé que Sheldon comprendió como nadie que «del reconocimiento que hace el hombre, de la presencia de lo Incognoscible surge lo que hay de mejor en las exploraciones del espíritu». Algo de todo esto sabía Antonio Machado cuando escribía:

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

Comenta J. L. Borges en *Otras Inquisiciones* que Carlyle «observó que la historia universal es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y leen



y tratan de entender». Yo humildemente añadiría que ese libro sagrado no es sino la Palabra (el Verbo) que estaba en Dios y era Dios (San Juan, I, 1).

Permitidme continuar con Borges:

...Dios ha creado las noches que se arman
De sueños y las formas del espejo
Para que el hombre sienta que es reflejo
Y vanidad. Por eso nos alarman.

Por su parte San Pablo de Tarso había escrito antes que Borges algo que sólo podía venir de Dios: «Ahora vemos por espejo, en oscuridad; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido».

Yo creo que todos los comentarios que he ido transcribiendo, al hilo de las distintas lecturas, los podría resumir en otra frase memorable de Cabodevilla: «la Utopía anuncia un mundo fantástico, que es ni más ni menos que el Reino de Dios». El escritor alejado de toda tentación de comprensión del mundo a través de la razón, con sus palabras, quiere compartir con Dios lo que es de su propiedad: lo sobrenatural, lo que precisamente no alcanza ni alcanzará a comprender la Razón; de la misma forma que Aquiles (el Hombre) nunca llegará a alcanzar a la tortuga (la Utopía): al final y a la postre vamos a tener que dar la razón a Zenón de Elea, a no ser que Aquiles se transforme, con imaginación naturalmente, en ...un Poeta que pueda decir como Borges:

...Así voy devolviéndole a Dios unos centavos
del caudal infinito que me pone en las manos.

A los humanos nos ocurre que «la Estrella es a veces tan clara»¹³, emite destellos tan luminosos que no acertamos a verla porque nos deslumbra la intensidad de su luz; «la luz que eleva» que diría Elliot que «es demasiado clara para una visión mortal» porque «siempre la claridad viene del cielo; es un don: no se halla entre las cosas».¹⁴

Cuando leemos algo tan bello nos invade un algo inefable que nos desconcierta porque no acertamos a entender con nuestra endiosada Razón y ello ocurre — como nos dice R. M. Rilke — porque lo bello es ese grado de lo maravillosamente terrible que todavía podemos soportar. Y sin embargo, inexplicablemente — los hombres, como dice Cabodevilla, no somos en realidad ni buenos ni malos, sino insolventes — nos empeñamos tenazmente, con pertinaz ceguera, en seguir embarcados en una nave con el timón roto y con la bandera izada, que está tan vieja, tan ajada y tan sucia que no nos atrevemos a mirarla por temor a reconocer el estado del motor de nuestra vida. Es lamentable que estemos inmersos en una «sociedad más rica y más informada y sin embargo nunca como hoy somos más pobres y estamos más abandonados por dentro».¹⁵



Es urgente que el hombre se disponga a buscar ese fondo mágico del hombre que pugne por atravesar la frontera de lo material. Las palabras escritas nos pueden proporcionar el pasaporte en regla necesario para alcanzar el otro lado, ese «lado soleado de la vida» que recoge en sus poemas Tennyson. Necesitamos como Borges pasar de ese mundo del crepúsculo, los arrabales y la desdicha del que se siente un extraño en su casa, a ese otro mundo ensanchador, vivificador, engrandecedor en donde se encuentra la mañana, el centro y la serenidad. Yo comparto el aserto de Cabodevilla cuando piensa que el inconsciente es nuestra patria y la realidad es el exilio, por eso es fácil comprender a Hölderlin cuando exclama: El hombre es un Dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona. Creo con el corazón que están más cerca de lo sobrenatural aquellos que piensen como Octavio Paz cuando dice que «Sólo es real la niebla», porque parte del supuesto de esa actitud humilde del hombre, sin la cual toda pretensión de comprensión del mundo es una falacia. Y si aún así, como intuye Rilke, con una humildad aún más radical, «los mejores poetas se equivocan cuando éstas han de significar lo más silencioso y casi indecible», qué nos quedará a los demás mortales sino contar granos de arena de una playa cualquiera en un sitio cualquiera. Seríamos como aquel hombre vacío y sin sentido que nos describe Bertolt Brecht:

Estoy sentado al borde de la carretera;
el conductor cambia la rueda.
No me gusta el lugar de donde vengo.
No me gusta el lugar a donde voy.
¿Por qué miro el cambio de rueda
con impaciencia?

Resulta revelador la coincidencia de cinco poetas cuando quieren definir la poesía; cinco poetas, por otra parte, que parten de mundos y situaciones bien diferenciadas entre sí y sin embargo ¡qué cerca están unos de otros!; al mismo tiempo, ahora sí comprendemos que quería decir al-Hallaj cuando habla de «los desiertos de la proximidad»:

Octavio Paz: «La poesía es una tentativa de revelar lo sagrado en lo cotidiano».

Fray Luis de León: «Poesía es la comunicación del aliento divino».

Howard Nemerov: «Poesía es una tentativa de apremiar a Dios para que hable».

Samí-Alí sobre la poesía mística de al-Hallaj: «La poesía es la forma suprema que provisionalmente, justo antes del silencio último, toma el pensamiento cuando ha de sobrepasarse en lo insobrepasable».

Claudio Rodríguez: «El poeta busca robar lo secreto, lo sagrado, abrir el sagrario: una complicidad y una servidumbre, una salvación y una condena, un



deslumbramiento y una reverberación interiores que nos transfigura y nos traspasa con el lenguaje».

¡Cómo no entender aquellos versos del poeta clásico cuando leemos los sentimientos que hay detrás de estos escritores!:

...Allí a mi vida junto
 en luz resplandeciente convertido,
 veré distinto y junto
 lo que es y lo que ha sido,
 y en su principio propio y escondido.

Estas actitudes responden a un talante propio de aquel que ha entrado en sí y ha logrado no encontrarse con nadie durante horas y horas, como aconseja Rilke a su amigo poeta y esta actitud debe surgir de esa humildad que conciba el acto de escribir como un acto sagrado, «tratando de reproducir el acto creador primigenio, exigiéndose una correspondencia consigo mismo, responder de sí mismo y dialogar constantemente con uno mismo a través del lector». ¹⁶ J. A. Valente se queja y al mismo tiempo denuncia esa dirección castrante del hombre contemporáneo que ha abandonado la inmersión en el espacio de la interioridad empeñado en perseguir partículas atómicas cada vez más frustrantes y generadoras de desdicha e insatisfacción.

Raúl del Pozo nos recomienda una admirable y preciosísima receta contra el tedio y el aburrimiento del alma que ve impotente como no es interpelada: «Cuando nuestra alma no pueda disfrutar de la belleza del cielo, ni del perfume de los jardines, ni de la dulzura de la brisa, ni de la vista de las flores, no queda más remedio: leer, porque el jardín más hermoso es un armario lleno de libros».

Nos revela J. A. Valente que en la tradición hassídica la llama es la forma en que se manifiesta el verbo; que visita al justo en la plenitud de la oración; al hilo de esta observación piensa el autor, y yo con él, que la Palabra debe renacer de sus propias cenizas, para volver a arder incesantemente porque, en definitiva, todo libro debe arder dejando en el corazón del lector un residuo de fuego permanente, transmitiendo un ansia inefable de «un no se qué, que quedan balbuciendo».

Hoy como ninguna época, los hombres necesitamos de la imaginación, de la fantasía para poder trascender a este mundo miope. Necesitamos aire fresco y renovador. Sin embargo, no se por qué barrunto que hay un ambiente empeñado en todo lo contrario, como si de forma inexorable se volviera a repetir, y hoy en día de forma más trágica, aquello del Génesis:

Viéronle ellos a lo lejos, antes de que se acercase, y trataron de matarlo; y decíanse unos a otros:

— Aquí viene el soñador; ea, pues, matémosle y echémosle en un pozo abandonado, y díganos que lo devoró una alimaña. Se verá entonces de qué le sirvieron los sueños.



He retornado de este viaje a través de las palabras que son como oro en el crisol y como el poeta Claudio Rodríguez he sentido que «me han ayudado a vivir, me han ayudado a ser mejor»; «me he acercado humilde a la Palabra»¹⁷ y he conseguido llegar al umbral de lo visible, asomándome al Abismo Inefable, dejando el borde de lo cierto y una vez allí he atisbado los territorios del Misterio, perpetuado en su calma, y he visto con ojos distintos y con emoción nunca sentida los «desiertos de la proximidad», «vestidos de hermosura y luz no usada». Mientras estuve al otro lado de la Frontera invadió mi ser «un no se qué» y sin pretenderlo exclamé con el Poeta de poetas: Entréme donde no supe y quedéme no sabiendo...

Quando volví me traje conmigo, «pero no mío», un vislumbre de lo desconocido en los ojos.

Post Scriptum

No he emprendido el viaje solo. Hubiera sido una actitud propia de un engrido y que a buen seguro me hubiera llevado al hastío y al abandono tempranos. Me he llevado conmigo muchos amigos, engendrados de sueños, sin cuyos consejos, advertencias e iluminaciones me hubiera resultado imposible descifrar las claves que me llevaron hasta la Frontera. Advierto a quien leyere este relato que nada es mío, por ello si las páginas de éste consienten alguna complacencia por parte del lector el mérito no es del redactor sino de todos mis amigos; he procurado simplemente hilvanar sus comentarios con mejor o peor fortuna. Pienso como los antiguos —quizás porque no tengo la fortuna de descubrir metáforas más que las ya dichas o escritas— que somos unos enanos que ponemos nuestros pies sobre los gigantes que nos precedieron. Alguno de mis compañeros de viaje están plasmados en el texto, otros se les puede identificar con la llamada numérica después de cada frase entrecorrida: 1: UNAMUNO; 2: FRANCISCO AYALA; 3: JOAN PERUCHO; 4: TORRENTE BALLESTER; 5: RICARDO SENABRE; 6: VARGAS LLOSA; 7: RAINER M. RILKE; 8: JOSE M. CABODEVILLA; 9: CAMILO JOSÉ CELA; 10: JEAN DURING; 11: ROA BASTOS; 12: LEO PERUTZ; 13: LUIS ROSALES; 14: CLAUDIO RODRIGUEZ; 15: USLAR PIETRI; 16: MIGUEL TORGA y 17: JOSÉ INFANTE.

A todos ellos les deseo de todo corazón que establezcan definitivamente sus tiendas «en los bosques y espesuras» del Misterio. Yo iré detrás de ellos, como de rondón, con cuidado de no molestarles, más de lo preciso, en su Inefable viaje.

Miguel A. Marigil.
Doctor en Medicina.
Huesca.